

ESTRUCTURA *VERSUS* COYUNTURA

Las elecciones de 2006 y el desplazamiento hacia la derecha de la política estadounidense

¿Cómo habría que interpretar la reconquista del Congreso por los demócratas en 2006 en el contexto de las tendencias generales de la política estadounidense durante las últimas décadas? En lo que sigue examinaré la evolución de los dos partidos principales con el trasfondo de los cambios subyacentes en el equilibrio de fuerzas de clase en Estados Unidos, para entender la coyuntura de 2006 en relación con los movimientos estructurales y más profundos de la política estadounidense, desde las luchas obreras de la década de 1930 y la adhesión de la mayoría de los demócratas al *New Deal*, pasando por las reformas de la Gran Sociedad durante la expansión de posguerra, hasta los paradigmas políticos de la ofensiva capitalista desde el inicio del largo declive. Desde ese marco argumentaré que el ascenso de la derecha republicana a partir de sus bases en un Sur en expansión y no sindicalizado ha introducido una nueva dinámica en la política estadounidense que pretende impulsar la agenda proempresarial más allá de todo lo que el propio Reagan hubiera imaginado.

I. LA VICTORIA DEMÓCRATA

Los propios resultados han sido ya analizados detalladamente. Hablando en general, la base de la victoria demócrata en las elecciones a medio mandato de 2006 reside en cambios de un 4-6 por 100 en su favor en casi todas las categorías del electorado, más un cambio muy significativo del 14 por 100 entre los latinos¹. Esto ha permitido a los demócratas aumen-

¹ En comparación con las elecciones a la Cámara de Representantes de 2004, los demócratas se beneficiaron de un cambio del 6 por 100 del voto masculino blanco, el 4 por 100 del voto femenino blanco, el 5 por 100 de los jóvenes entre dieciocho y veintinueve años, el 4 por 100 de los que ganan menos de 50.000 dólares al año y el 6 por 100 de los que superan esa cifra, manteniendo el 89 por 100 del voto negro. Los demócratas obtuvieron importantes mejoras en el Medio Oeste, Nordeste, Sur y Oeste, lo que supuso una mayoría simple para los demócratas de 4,9 millones de votos, frente a una mayoría simple republicana de 3,4 millones de votos en 2002 y de 2,9 millones en 2004. Con respecto a las elecciones en 2002, también a medio mandato, en 2006 se produjo un desplazamiento del 5,5 por 100 de los republicanos a los demócratas.

tar su representación en la Cámara de Representantes de 202 a 233 escaños, mientras que los republicanos han bajado de 232 a 202. En el Senado el Partido Demócrata ganó seis nuevos escaños, pasando de 45 a 51 (incluidos dos independientes), mientras que los escaños del Partido Republicano pasaron de 55 a 49.

Aunque algunos han hablado de un nuevo impulso hacia la reforma social², se reconoce en general que la evolución del voto representaba un rechazo de la ejecutoria del gobierno de Bush más que un aumento del apoyo a los demócratas. Durante el mes de octubre de 2006 las pantallas de televisión estadounidenses estuvieron dominadas por imágenes del creciente caos y enfrentamiento entre comunidades en Iraq, mientras dieciséis agencias de inteligencia informaban de que la guerra estaba alimentando el terrorismo, en lugar de reducirlo. Por otra parte, las denuncias de corrupción y los escándalos sexuales dejaban al desnudo la hipocresía de la farsa republicano-fundamentalista; Katrina seguía levantando ronchas; la «seguridad de la patria», como la reconstrucción de Iraq, se vendía al mejor postor, con un trasfondo de escasa mejora en el empleo, estancamiento de los salarios reales y reducción de las pensiones y los seguros sanitarios. Pero evidentemente es el fracaso militar de Estados Unidos en Iraq el que ha hecho tan excepcional esta coyuntura electoral³.

Desde el 11 de Septiembre la estrategia de Karl Rove ha consistido en presentar, primero Afganistán y luego Iraq, como escenario principal de la «guerra contra el terror» a fin de obtener el apoyo popular que necesitaba el gobierno de Bush para la puesta en práctica de su agenda proempresarial, que no podía prevalecer electoralmente por sí sola. Rove tuvo éxito en 2002 y 2004, cuando la preocupación por la seguridad nacional superó la creciente oposición a la guerra. El cambio de voto de las mujeres casadas con niños, las llamadas «mamas de la seguridad», favoreció a los republicanos con un 53 y un 56 por 100 respectivamente; pero en 2006 las mamás apoyaron a los demócratas con una diferencia de doce puntos, el 50 por 100 frente al 38 por 100. El 57 por 100 de los estadounidenses (frente al 35 por 100) piensa ahora que la guerra en Iraq no ha conseguido hacer el país más seguro. Ahí está el meollo de las elecciones de 2006⁴.

Sin embargo, los republicanos consiguieron resultados bastante buenos. Su base acudió en gran número a las urnas, con un incremento de la proporción de los evangelistas blancos en el voto total del 23 al 24 por 100, mientras que la cifra de los que acuden a la iglesia al menos una vez a la se-

² Véase, por ejemplo, Michael Tomasky, «Dems put the “big tent” back together», *Los Angeles Times*, 12 de noviembre de 2006; John Nichols, «Power Shifts in the States», *The Nation*, 4 de diciembre de 2006.

³ Pew Research Center for the People and the Press, «Iraq Looms Large in Nationalized Election», 5 de octubre de 2006, p. 7.

⁴ Jim VandeHei, «Republicans Losing the “Security Moms”», *The Washington Post*, 18 de agosto de 2006; CNN Exit Polls for the House of Representatives, 2004 y 2006.

mana pasó del 41 al 45 por 100, aunque con una participación general significativamente menor⁵. En su baluarte sureño los republicanos retuvieron todos sus escaños en la Cámara de Representantes salvo dos en el área de Miami –que en términos sociopolíticos apenas se pueden contar como sureños– y uno en Carolina del Norte, donde la antigua estrella del fútbol Heath Shuler superó a John Taylor⁶. Más seria fue la estrecha derrota del senador por Virginia George Allen, líder del partido y portaestandarte de la derecha, frente a un secretario de la Armada de la época de Reagan, James Webb; pero como ese escaño se perdió por un margen más estrecho, tras una campaña desacostumbradamente llena de patinazos, su importancia para los republicanos parece discutible. En general, Rove debe de sentirse tranquilizado por la medida en que los republicanos han mantenido su apoyo popular, pese a la debacle de Iraq y después de que el gobierno haya forzado la aprobación de tantas leyes proempresariales⁷. En 2000 Bush se presentó como un «conservador compasivo» y los republicanos obtuvieron el 47 por 100 del total de los votos a la Cámara de Representantes. En 2006 la compasión quedó totalmente abandonada pero los republicanos todavía obtuvieron cerca del 46 por 100. En 2000 el 36 por 100 de los votantes se consideraban republicanos; en 2006 todavía constituían el 35 por 100⁸.

Los demócratas, beneficiarios pasivos de la catástrofe de Iraq, desarrollaron de forma deliberada una campaña nacional sin un programa muy marcado⁹. Su estrategia, bajo la dirección de Rahm Emanuel, jefe del comité del partido para la campaña al Congreso, consistió en seleccionar

⁵ El 70 por 100 de los evangelistas blancos votaron por el partido republicano y el 28 por 100 por el demócrata; de los que en acuden a la iglesia al menos una vez a la semana el 55 por 100 votaron por el partido republicano y el 43 por 100 por el demócrata. Aunque en esta ocasión el voto republicano fue entre un 3 y un 4 por 100 menor en esas categorías que en 2004, dado el viraje general en favor de los demócratas del 4-5 por 100, esas pequeñas mermas no se pueden considerar indicativas de la tendencia a largo plazo.

⁶ Los republicanos habían tratado previamente de reclutar a Shuler, un antiabortista conservador, para su propia candidatura, pero Rahm Emanuel le convenció para que se presentara por los demócratas.

⁷ Los más conspicuos ejemplos son la *Class Action Fairness Act* [Ley de Equidad de la Acción Popular], que reduce la eficacia de los juicios promovidos por iniciativa popular; la *Bankruptcy Abuse Prevention and Consumer Protection Act* [Ley de Protección del Consumidor y de Prevención del Abuso de la Quiebra], que reduce la protección de los obreros endeudados del país; además, la *Energy Policy Act* [Ley de Política Energética], la *Medicare Prescription Drug Act* [Ley de Prescripción de Drogas de Medicare] y la *Estate Tax Relief Act* [Ley de Alivio de Impuestos sobre Bienes Inmuebles] constituyeron enormes regalos a las petroleras, las empresas farmacéuticas y los superricos. La reducción de la presión fiscal por los republicanos, muy sesgada a favor de los contribuyentes situados en los tramos superiores de renta, ha dado lugar a un déficit anual equivalente al 2 por 100 del PIB, con obvias consecuencias para el gasto social.

⁸ CNN Exit Polls for the House of Representatives, 2006.

⁹ En palabras del Cook Political Report, una revista online neutral, «fue una campaña explícitamente desprovista de cuestiones conflictivas. Nunca tenían que subrayar sus propias posiciones [...] lo que hace muy difícil saber exactamente de dónde vienen esos chicos». «Five Myths About the Midterm Elections», *Time*, 16 de noviembre de 2006.

candidatos centristas y conservadores para los distritos más marginales, centrándose enteramente en los fracasos del gobierno de Bush¹⁰. Como consecuencia, sus nuevos representantes en el Congreso tenderán en gran medida a reforzar el ala derecha del partido, que aspira nada menos que a un regreso de los días de gloria de Bill Clinton, cuando los presupuestos equilibrados y el neoliberalismo estaban a la orden del día, el dormitorio de Lincoln estaba siempre ocupado y el principio más subrayado era la triangulación*.

Emanuel representa como pocos al Partido Demócrata actual y es probable que esté entre quienes constituyan su futura dirección. Tras ocupar un puesto político destacado con Clinton, ha desempeñado un papel dirigente en la «modernización» promovida por el Democratic Leadership Council** (DLC), constituido en 1984 para adaptar el partido a la era de Reagan. El objetivo de los «nuevos demócratas» del DLC es ampliar su acceso al empresariado, al voto blanco y al sur, dando por hecho que el electorado demócrata tradicional, negro y obrero, no tiene otro partido al que votar. Esto significa el apoyo al acrecentado gasto militar y a las aventuras imperiales, y la defensa de las reducciones de impuestos y otras políticas proempresariales así como la desaparición de cualquier compromiso anterior de redistribución social que todavía quedara con el movimiento obrero y las organizaciones negras. El DLC tiene ahora sesenta representantes en la Cámara, más de la cuarta parte del total de la representación demócrata. La tendencia ultraconservadora «Blue Dog» del partido, en cambio, tiene ahora cuarenta y cuatro representantes, siete más que en 2004. Este grupo, formado en 1994 por congresistas demócratas de derechas, sobre todo –pero no únicamente– del Sur, para contrarrestar lo que entendían como una mayoría de izquierdas en el parti-

¹⁰ El día siguiente a las elecciones el 65 por 100 de los encuestados pensaba que el resultado se debía a la insatisfacción con los republicanos; sólo un 27 por 100 creía que los demócratas habían ganado por disponer de mejores candidatos. En 2006 los demócratas obtuvieron el 57 por 100 de los votantes autocalificados como «independientes», frente al 49 por 100 obtenido en 2004, y el 61 por 100 de los que se consideraban «moderados», frente al 56 por 100 obtenido en 2004. Véase Marcus Mabry, «Newsweek Poll. Bush Hits New Low», msnbc.com, 11 de noviembre de 2006; CNN National Exit Polls, 2004 y 2006; «Centrists Deliver for Democrats», Pew Research Center, 8 de noviembre de 2006.

* Fue el columnista Dick Morris quien propuso una estrategia de «triangulación» para describir la orientación de Bill Clinton, en virtud de la cual el presidente apelaba a diversos grupos de votantes distanciándose simultáneamente de demócratas y republicanos. Muchos fueron quienes percibieron esta estrategia como un movimiento hacia el centro del espectro político y se sintieron decepcionados en tanto que esperaban que Clinton perseguiría una política más liberal. [N. del T.]

** El Democratic Leadership Council es una organización sin ánimo que sostiene que el Partido Demócrata debe abandonar sus tradicionales posiciones populistas y optar por políticas moderadas y conservadoras centristas como respuesta a las aplastantes victorias cosechadas por Ronald Reagan frente al candidato demócrata Walter Mondale en las elecciones presidenciales de 1984. El DLC alaba al presidente Clinton como prueba de la viabilidad de una Tercera Vía y como una estrategia coronada por el éxito; véase, <http://www.ndol.org/>. [N. del T.]

do, se inclina por el conservadurismo no sólo en «cuestiones sociales» como el aborto y el control de armas, sino también en la política económica. Muchos Blue Dogs, «partidarios del crecimiento» y comprometidos con la «responsabilidad presupuestaria», votaron en favor de las medidas sociales más regresivas del gobierno de Bush. En los ocho principales proyectos de ley que dividieron a los grupos demócrata y republicano en el período congresual de 2004-2005, el 45 por 100 de los Blue Dogs se alinearon con los republicanos¹¹.

A raíz de las elecciones a mitad de mandato de 2006, los victoriosos conservadores del Partido Demócrata han venido ejercitando sus músculos. Como anunció el representante por Arkansas Mike Ross: «Los republicanos han perdido sus escaños, no frente a liberales, sino frente a demócratas del Blue Dog [...] Tenemos mucho que decir sobre lo que se aprueba y lo que no». El representante por Tennessee John Tanner afirmó: «Aumentamos nuestra cuota de mercado yendo allí donde estaba el mercado, a los distritos moderados e incluso republicanos [...] Si queremos mantener y consolidar eso, tenemos que entender la realidad de que el rostro del grupo demócrata ha cambiado y ya no es el que era a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990». Naturalmente, esas declaraciones fueron muy bien recibidas por los dirigentes republicanos del Congreso¹².

II. LA TRAYECTORIA HACIA LA DERECHA

La estrategia electoral-legislativa de los demócratas y su probable trayectoria futura hacen patente la transformación del modelo político estadounidense durante el último medio siglo. Desde la hegemonía del liberalismo, en la que los demócratas llevaban la voz cantante y los republicanos tenían que adaptarse a ella, se ha pasado a un predominio de la derecha, en el que los republicanos vienen siendo la fuerza principal respecto a la cual los demócratas se han visto obligados a reconfigurarse. Esta modificación expresaba la evolución subyacente en el equilibrio de fuerzas de clase y la pauta de la acumulación de capital, caracterizada primero por un aumento sin precedentes del poder de la clase obrera durante la década de 1930, y más tarde por un cuarto de siglo de prosperidad acompañado por el declive del movimiento obrero. La aparición de problemas de rentabilidad desde la década de 1960 dio lugar a un estancamiento económico a largo plazo y a una ofensiva incesante del capital que condujo en último término a la clintonomía y a continuación a la derecha dura de Bush. A continuación examinaré esta evolución.

¹¹ Chris Bowers, «Congressional Loyalty Scorecards, Part Four. Blue Dog Democrats», www.mydd.com.

¹² Jonathan Weissman, «Democrats Find Lessons in GOP Reign», *The Washington Post*, 12 de noviembre de 2006. Sobre los Blue Dog Democrats véase el sitio web del congresista John Tanner, miembro fundador del grupo: www.house.gov/tanner/blue.htm.

Ascenso, estancamiento y colapso del liberalismo, 1932-1980

Con el trasfondo de la Gran Depresión y la calamitosa respuesta inicial de Hoover se produjo, a mediados de la década de 1930, el gran incremento de militancia obrera en el sector industrial que propició las transformaciones en la conciencia de clase y organizativas que propiciaron el ascenso y reproducción del reformismo liberal estadounidense¹³. Esta explosión de acción directa de masas fuera del campo electoral-legislativo constituyó la condición indispensable para las mejoras populares del *New Deal*. Se crearon sindicatos de rama para hacer frente a la decidida resistencia de la patronal, en condiciones de creciente radicalización política. La recientemente creada United Auto Workers, por ejemplo, se negó inicialmente a apoyar la candidatura demócrata, y en su congreso fundacional de 1936 propuso la formación de partidos independientes de obreros y agricultores. Durante éste período florecieron partidos de esas características a escala local y de Estado por todo el país. En 1934 la gran victoria de los demócratas en las elecciones a mitad de mandato se entendió como expresión de una izquierda en ascenso. La militancia obrera ejerció una presión suficiente para obligar al renuente gobierno de Roosevelt a aprobar su principal reforma legislativa en 1935: la *Social Security Act* [Ley de Seguridad Social] y la *National Labor Relations Act* (más conocida como *Wagner Act*) [Ley de Relaciones Laborales Nacionales o Ley Wagner], que reconocía los derechos sindicales.

Pero su «confianza en Roosevelt» llevó a los sindicatos del CIO a una derrota devastadora en Little Steel en mayo de 1937 y a un aumento de la desmoralización durante la «segunda Gran Depresión» de 1937-1938. Uno nuevo estrato de dirigentes del CIO a tiempo completo desempeñó también un papel significativo en la domesticación de la militancia obrera, contribuyendo a reprimir la oleada de huelgas salvajes con ocupación de fábricas que recorrió todos los sectores durante el invierno y la primavera de 1937 y a frustrar una victoria potencial frente a la empresa Chrysler. El Partido Comunista, que había desempeñado un papel decisivo en la organización del movimiento obrero a mediados de la década de 1930, se adaptó ahora a la línea de Moscú comprometiéndose en un Frente Popular que incluía no sólo al CIO de John Lewis y al Partido Demócrata, sino también al gobierno de Roosevelt. El emergente funcionariado del CIO, apartado cada vez más de la actividad cotidiana en la fábrica y que dependía del propio sindicato para su sustento, reaccionó frente a la caída de la lucha de masas volcándose en la institucionalización de las relaciones entre sindicatos y patronos mediante la negociación colectiva amparada por el Estado y la regulación, lo que trajo consigo un compromiso pleno con la vía electoral y con el Partido Demócrata, como instrumento a través del cual obtener nuevas reformas en el proceso legislativo¹⁴.

¹³ La militancia obrera alcanzó su cenit en la gran huelga del sector textil de 1934, las victoriosas huelgas generales en Toledo, San Francisco y Minneapolis de aquel mismo año y las huelgas con ocupación de las fábricas de General Motors en 1936-1937.

¹⁴ Véase en particular Mike Davis, *Prisoners of the American Dream*, Londres, 1986.

El apoyo del movimiento obrero organizado supuso no sólo un enorme incremento de la base electoral del Partido Demócrata, sino también de su maquinaria electoral a medida que los sindicatos del CIO proporcionaban fondos y soldados de a pie, así como presión social, para las campañas electorales. Pero también puso en movimiento un proceso a más largo plazo que socavó no sólo el poder de los sindicatos sino también el potencial del partido como instrumento de redistribución social. Los sindicatos, al no potenciar su propia fuerza independientemente del Partido Demócrata haciendo frente a la patronal, fueron perdiendo su capacidad de influir sobre éste dependiendo cada vez más de su favor para obtener mejoras para sus miembros, de forma que los dirigentes demócratas pudieron contar paulatinamente con el apoyo incondicional de los sindicatos ofreciendo cada vez menos a cambio. Con el respaldo garantizado del movimiento obrero, aquellos contaban con libertad para maniobrar con las fuerzas a su derecha, en particular con el ala sureña del partido, lo cual ponía límites inevitables, sin embargo, a cualquier programa reformista. La alianza entre los líderes demócratas y los funcionarios sindicales sólo sirvió para acelerar la desintegración del movimiento obrero organizado, que era su base social más poderosa. Un proceso parecido tuvo lugar más adelante con los movimientos negro, feminista y latino, todos los cuales tuvieron como origen una acción directa e independiente en las calles y en los lugares de trabajo que pronto daba lugar a nuevas organizaciones militantes, frenadas más tarde por sus líderes emergentes de clase media, coaligados con los funcionarios sindicales y los dirigentes del Partido Demócrata.

La Segunda Guerra Mundial supuso una gran ampliación de las bases sindicales, pero también mayor sometimiento y burocratización. El patrocinio del gobierno, a cambio del compromiso de no realizar huelgas, elevó el prestigio de los «nuevos hombres con poder» del movimiento obrero hasta alturas hasta entonces inconcebibles, pero en el contexto de un triunfante resurgimiento político-económico de las grandes compañías, basado en espectaculares beneficios y en la subordinación del movimiento obrero al gobierno y a las empresas en la administración tripartita del esfuerzo de guerra. Con la poderosa oleada de huelgas de 1946 sólo se obtuvieron mejoras mínimas, lo que hizo desvanecerse la esperanza de los sindicatos en un sistema de control de precios que les permitiera ofrecer una especie de liderazgo socialdemócrata al conjunto de la clase obrera. La consiguiente desmoralización se manifestó en una brusca caída de la participación obrera en las elecciones a medio mandato de 1946, que dieron lugar a una mejora de los republicanos. El asalto en clave anticomunista contra el movimiento obrero que se produjo a continuación iba a culminar en la Ley Taft-Hartley de 1947, que redujo decisivamente el poder de los sindicatos¹⁵.

¹⁵ Esa ley prohibía los boicots secundarios, esto es, a empresas que hacían negocios con otra u otras empresas contra las que se había dictado un boicot «primario», restringía los sindicatos de fábrica, reforzaba las leyes antihuelga a escala de Estado (leyes sobre el «derecho a trabajar») y perseguía a los sindicatos y dirigentes comunistas.

Más perjudicial aún a largo plazo fue el fracaso en la sindicalización del Sur mediante la Operación Dixie. Para que aquella campaña hubiera tenido éxito, los líderes sindicales tendrían que haber promovido luchas sociales de masas comparables a las de la década de 1930 contra la robusta elite sureña; pero no tenían la menor intención de entrar en ese tipo de confrontación. Aquel fracaso permitiría más tarde que esa región de bajos salarios y bajos impuestos se convirtiera en foco de la primera oleada de globalización empresarial estadounidense, socavando la fuerza del movimiento obrero en el resto de la economía. El movimiento obrero todavía experimentarían una breve resurrección durante la Guerra de Corea y en los años que siguieron al conflicto, pero a finales de la década de 1950, al sentir las primeras punzadas de la competencia internacional de la industria emergente europea y japonesa, la patronal propinó a los sindicatos una serie de golpes devastadores en los sectores del automóvil, los aparatos eléctricos y la siderurgia. La tasa de sindicalización del sector privado alcanzó su máximo en 1953 con un 36 por 100, pero había caído ya al 31 por 100 en 1963 y al 27 por 100 en 1973, y siguió declinando a partir de entonces¹⁶.

Paradójicamente fue en aquel momento, desde principios de la década de 1960, con el movimiento sindical muy debilitado, cuando la ampliación de la expansión de posguerra aportó nueva vida a proyectos de redistribución social (suave y gestionada por el Estado) y al «liberalismo político» del Partido Demócrata en general. Esa expansión de la economía estadounidense permitía que crecieran conjuntamente los beneficios empresariales, el salario después de impuestos y el gasto social. En aquel contexto el movimiento obrero y otras fuerzas partidarias de la reforma social dentro del Partido Demócrata empezaron a diseñar el programa de la «Gran Sociedad» que también los republicanos se vieron obligados a apoyar. Durante los gobiernos de Truman y Eisenhower esas fuerzas impulsaron la generalización de los beneficios de la seguridad social, aunque fueran financiados por una contribución ultrarregresiva de los trabajadores. Las aspiraciones reformistas de los demócratas se veían siempre limitadas por la prioridad que concedían a los beneficios capitalistas, tanto para asegurar el proceso general de acumulación del capital como para favorecer su propia financiación empresarial. Esto suponía alentar la inversión directa en Europa y en otros lugares, impulsar el libre comercio y favorecer al emergente mercado europeo como base para la movilidad del capital, todo lo cual iba a debilitar aún más al movimiento obrero estadounidense. También significaba mantener la Ley Taft-Hartley, pese a las mayorías cada vez más amplias obtenidas por los demócratas en 1958 y 1964 gracias a la creciente población urbana y obrera.

¹⁶ Sobre el declive sindical a mediados de siglo, véanse Michael Goldfield, *The Decline of Organized Labor in the United States*, Chicago, 1987; Nelson Lichtenstein, *State of the Union. A Century of American Labor*, Princeton, 2002.

Fue necesario el ascenso del movimiento negro por los derechos civiles, y especialmente su propagación al Norte, para inducir a los demócratas a prestar más atención a la reforma social. La demanda de empleo fue decisiva en la marcha sobre Washington de 1963. Las rebeliones negras en Nueva York, Filadelfia y Los Ángeles en 1964-1965 ampliaron los objetivos del movimiento, más allá de la igualdad política, al bienestar económico. Con el trasfondo de la Guerra de Vietnam y la intensificación de las luchas del Tercer Mundo, el gobierno de Johnson propuso no sólo leyes de derechos civiles y electorales que marcaban un hito, sino también, muy conscientemente, la mayor expansión del Estado del bienestar desde Roosevelt. La cornucopia de reformas de la «Gran Sociedad» incluía Medicaid, Medicare, el programa de cartillas alimentarias, el ingreso mínimo garantizado, las leyes de enseñanza elemental y secundaria y el programa Head Start de ayuda preescolar para familias de bajos ingresos. Aquel programa era tan popular a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 que para Nixon —en el contexto del Poder Negro y el masivo movimiento contra la guerra— era de sentido común en el plano electoral incrementarlo, lo que dio lugar a un aumento sustancial de los subsidios de seguridad social, la creciente sindicalización de los trabajadores del sector público federal, un salario anual garantizado (rechazado por los demócratas), la creación de la Corporación de Servicios Legales (*Legal Aid*), la Agencia de Protección del Medio Ambiente, la Comisión de Seguridad para el Consumidor, la Agencia para la Seguridad y la Salud en el Trabajo y el inicio (ya con Gerald Ford) de una reducción del impuesto sobre la renta para las personas de bajos ingresos. La prosperidad supuestamente permanente, asegurada por el déficit público federal, propició lo que parecía un programa ilimitado de reforma social, fuera cual fuera el partido en el poder. Como dijo el propio Nixon, «ahora todos somos keynesianos».

El inicio del declive

Pero esa marea de reforma social fue breve. Desde mediados de la década de 1960 comenzaron a decaer los rendimientos del capital y siguieron haciéndolo durante década y media, reduciendo un 35 por 100 la tasa de beneficio antes de impuestos de las empresas no financieras entre 1965 y 1979; desde 1973 se inició una larga época de estancamiento y crisis, más larga aún que la expansión de posguerra, que llevó a los empresarios a desencadenar un asalto intensificado contra las organizaciones obreras y el nivel de vida de la clase obrera que no ha cesado hasta el día de hoy. El aumento del gasto social de la «Gran Sociedad» y la regulación empresarial se habían basado en un régimen de elevados beneficios, expansión económica y la domesticación de la rebelión obrera y de otras clases sociales. La crisis de rentabilidad y la ofensiva patronal dejaron políticamente desarmados a los liberales del Partido Demócrata, obligados por sus propios principios a subordinar cualquier otra cosa a la recuperación de

la tasa de ganancia. El resultado inevitable fue el colapso del proyecto de reforma social.

A principios de la década de 1960 los líderes sindicales habían aceptado pasivamente que la industria estadounidense, cada vez más desafiada por sus rivales alemanes y japoneses, tratara de reavivar la competitividad impulsando lo que entonces se denominó «una nueva línea dura». El aumento de los salarios en el sector industrial durante el periodo 1960-1969 fue la mitad que entre 1948 y 1959, pese a la prolongada expansión económica. Bajo la creciente presión de sus miembros, los líderes sindicales organizaron una serie de huelgas a finales de la década de 1960; pero realizaron un esfuerzo aún más sistemático –y exitoso– tendente a aplastar la serie de revueltas desde la base que estallaron en el transporte por carretera, el automóvil, las empresas telefónicas, la minería y otros sectores. Los funcionarios sindicales tenían que arrostrar la ira del empresariado decidido a intensificar la tasa de trabajo y a reducir los aumentos salariales fuera cual fuera el riesgo de huelgas, para contrarrestar la caída de los beneficios y aumentar la competitividad a escala internacional. Entre 1973 y 1979 los días perdidos en acciones huelguísticas disminuyeron casi una cuarta parte y la tasa de sindicalización en el sector privado cayó al 22 por 100. Los salarios reales en el sector privado dejaron de aumentar en 1972 y fueron cayendo durante el resto de la década de 1970, toda la de 1980 y gran parte de la de 1990.

A raíz del Watergate –y en medio de la peor recesión conocida desde la década de 1930– los demócratas ganaron 49 escaños en las elecciones a mitad de mandato de 1974, obteniendo así su mayoría más amplia en la Cámara de Representantes [291-144] desde el *New Deal*. En 1976 Carter ganó la presidencia por un estrecho margen; pero en el intervalo de apenas media década el significado del control del gobierno por los demócratas se había transformado radicalmente y las perspectivas de nuevas reformas del estilo de la «Gran Sociedad» se habían desvanecido. Y esto se debía en parte a que los nuevos demócratas llegados al Congreso eran de una cepa política diferente a sus predecesores, formados en los días felices del liberalismo del *boom* económico. Los «moderados» que llegaron al Congreso en la década de 1970 habían ganado sus escaños debido al rechazo contra Nixon en barrios relativamente ricos, hasta entonces republicanos; su mayor prioridad era mantener bajo el gasto para poder así reducir los impuestos. Pero la razón subyacente del precipitado abandono por los demócratas de la agenda reformista fue que con el estancamiento de la economía, el alboroto empresarial y el retroceso de los sindicatos, se encontraron operando en un ambiente sociopolítico muy cambiado.

La excepción estadounidense

La crisis de rentabilidad de la década de 1970 afectó prácticamente a todas las economías capitalistas avanzadas, e igualmente universal fue el com-

promiso de los principales partidos políticos –desde la socialdemocracia y los liberales de izquierda hasta los cristianodemócratas y los conservadores británicos– en la revitalización de la acumulación de capital a partir de una recuperación de los beneficios capitalistas. En el transcurso de la década de 1970 los aumentos de salarios y del gasto social se redujeron en casi todas partes; pero la adaptación al declive tuvo lugar en contextos peculiares con respecto al equilibrio de fuerzas de clase en cada país, lo que indujo diferencias sustanciales en los resultados políticos y económicos. En contraste con la tasa decreciente de sindicalización en el sector privado estadounidense, la mayoría de las economías capitalistas avanzadas de Europa occidental fueron testigo de la tendencia opuesta, un incremento de la sindicalización, no sólo durante las décadas de 1950 y 1960, sino también durante la de 1970 y en algunos lugares incluso la de 1980. A finales de la década de 1990 la tasa de sindicalización en varios países europeos seguía muy por encima del máximo estadounidense de la década de 1950, y pocas habían experimentado caídas sustanciales¹⁷. El movimiento obrero en Europa occidental no era lo bastante fuerte ni estaba lo bastante unido como para evitar un desplazamiento en su contra en el equilibrio del poder de clase, resistir la tendencia global a la austeridad o evitar un declive de su propia fuerza, ya fuera en las diversas ramas de la producción o a escala de fábrica; pero en muchos casos pudo mantener cierto equilibrio político. Con excepción del Reino Unido, en ningún país de Europa occidental se produjo el prolongado y acelerado deslizamiento hacia la derecha que se vivió en Estados Unidos durante las décadas de 1980 y 1990.

Esta divergencia entre las trayectorias políticas de las economías capitalistas anglosajonas y del continente europeo se manifestó en la capacidad de esta última para mantener no sólo el Estado del bienestar, que en 1980 era mucho más generoso que en Estados Unidos, sino también aumentos significativos del gasto social, que en la Europa septentrional creció del 22,6 al 26 por 100 del PIB entre 1980 y 2000, mientras que en Estados Unidos sólo pasó del 13,3 al 14,2 por 100. A fines de siglo la proporción de la población por debajo del umbral de pobreza en Estados Unidos, del 17 por 100, era más de dos veces mayor que en Europa occidental¹⁸. El factor decisivo para la reconfiguración de la política en Estados Unidos posibilitado por el asalto empresarial fue la desintegración del movimiento obrero y, más en general, del poder de la clase obrera.

Incluso durante su «época dorada» reformista, entre 1948 y 1973, los esfuerzos de los demócratas por ampliar el compromiso rooseveltiano tenían cierto carácter paradójico e indeciso, ya que se veían acompañados por el continuo declive del que había sido el principal agente de la refor-

¹⁷ «Labor History Symposium», *Labor History* XLVII, 4, p. 573, donde se cita a Gerald Friedman, *Reigniting the Labor Movement*, Londres, de próxima publicación.

¹⁸ Donatella Gatti y Andrew Glyn, «Welfare States in Hard Times», *Oxford Review of Economic Policy*, XXII, 2006, especialmente las pp. 307-308; OCDE, Social Expenditures Data Base, 2004. Deseo agradecer a Andrew Glyn que me haya hecho llegar ese conjunto de datos.

ma y la base electoral clave de los demócratas, esto es, el movimiento obrero organizado. Como hemos visto, la expansión de posguerra permitió que el gasto social se ampliara sin coste para los beneficios, que se produjera una significativa distribución de la renta o y que no se ejerciera una presión innecesaria sobre el crecimiento de los salarios de las clases trabajadoras, y todo ello con una presión relativamente escasa por parte de los movimientos sociales. La caída más o menos continúa de la rentabilidad entre 1965 y 1979, que dio lugar a una larga época de menor crecimiento, privó al empuje reformista de su impulso fundamental¹⁹.

Resulta sintomático que fuera el gobierno de Carter –y no el de Reagan– el que lanzase el primer asalto contra el liberalismo estadounidense de la era de la reforma, impulsando la desregulación para reducir el poder sindical en sectores tan importantes como el transporte por carretera y las líneas aéreas. Como condición previa para conceder ayudas a la corporación Chrysler en 1980, Carter insistió en obtener importantes concesiones del sindicato United Auto Workers, que prefiguraban el ataque de Reagan contra la PATCO [Professional Air Traffic Controllers Organization]. Los demócratas del Congreso siguieron su ejemplo, rechazando la legislación progresista sobre la protección del consumidor, el registro el día de las elecciones y la reforma de las leyes laborales. En una decisión muy significativa, el gobierno de Carter se vio obligado a aprobar una ley que reducía el impuesto sobre las rentas del capital después de haber enviado inicialmente al Congreso un proyecto de ley que pretendía aumentarlo. Cuando las medidas keynesianas no sólo se demostraron ineficaces para restaurar la rentabilidad sino que dieron lugar a una inflación desbocada, los demócratas dijeron adiós al «liberalismo del crecimiento».

El giro a la derecha

Con el inicio del largo declive y el vacío político dejado por el colapso del liberalismo, las empresas estadounidenses se convirtieron en la fuerza principal que iba a desplazar toda la política hacia la derecha; pero el creciente éxito de su agenda en las filas del gobierno no se puede explicar únicamente en términos de movilización empresarial. Su amplitud dependía de la capacidad de los republicanos para desarrollar un nuevo proyecto hegemónico que sustituyera el liberalismo de la «Gran Sociedad» ofreciendo un modelo alternativo a franjas significativas de la clase obrera. Ese proceso parece que tuvo lugar en tres fases solapadas: primero, la «estrategia sureña» de Nixon en la década de 1960; en segundo lugar, la «revuelta fiscal» en la de 1970; y por último la pujanza de una nueva extrema derecha republicana, enraizada especialmente en el Sur.

¹⁹ En los siguientes apartados he utilizado ampliamente los estudios de Thomas Edsall, *The New Politics of Inequality*, Nueva York, 1984; Thomas Edsall y Mary Edsall, *Chain Reaction. The Impact of Race, Rights and Taxes on American Politics*, Nueva York, 1991; y Thomas Ferguson y Joel Rogers, *Right Turn*, Nueva York, 1986.

Entre 1932 y 1964 los demócratas contaron con un notable predominio entre el electorado obrero blanco, y a partir de ese zócalo dominaron la arena política. En 1948 obtuvieron más del 75 por 100 de los votos de los trabajadores blancos; tras caer al 58 por 100 en 1960, se recuperó el apoyo del 75 por 100 en 1964, cuando el candidato presidencial republicano Barry Goldwater se presentó con un programa de extrema derecha que pretendía aplastar los sindicatos, demoler el Estado del bienestar y poner en práctica una agresiva política exterior de Guerra Fría, sufriendo una resonante derrota; pero cuando los demócratas hicieron suya la agenda de los derechos civiles, impulsando la integración racial en las escuelas, la vivienda y el empleo mediante decisiones de los tribunales, así como programas de gasto social que favorecían principalmente a los negros pobres –en un momento de rebelión urbana negra, así como de explosión de los movimientos de liberación de la mujer y contra la guerra–, la proporción de apoyo a los demócratas entre los obreros blancos descendió al 45 por 100 en 1968 y al 38 por 100 cuando se presentó McGovern en 1972²⁰.

Durante esos años la «estrategia sureña» de Nixon logró separar a una franja significativa de la clase obrera blanca de los demócratas mediante un racismo muy explícito, acusando al gobierno y a los demócratas del Congreso de los costes que el Estado estaba imponiendo a los trabajadores blancos para financiar «donaciones» a los negros; pero aquí conviene una matización: si Nixon pudo triunfar electoralmente en ese período fue profundizando su identificación con la reforma liberal de la «Gran Sociedad». De hecho, si se hubiera prolongado la expansión de posguerra, las consecuencias electorales a largo plazo de las victorias de Nixon podrían haber sido muy diferentes. Hasta 1970 el control de los demócratas sobre el Congreso era todavía tan estricto como en 1962; en 1976 Carter obtuvo más del 50 por 100 del voto de la clase obrera blanca y los demócratas su mayor ventaja en el Congreso desde la Segunda Guerra Mundial.

Fue necesaria la intensificación de la crisis económica durante la década de 1970 para crear las condiciones para la segunda fase del proyecto republicano: su predominio entre los votantes obreros blancos a partir de una base de derechas clásica. Entre 1972 y 1980 los salarios reales cayeron un 7 por 100. Al mismo tiempo, debido a la ampliación de los tramos fiscales provocada por la inflación, una creciente proporción de la clase obrera se vio afectada por el incremento de la carga tributaria. En 1976 una familia con ingresos medios tenía que pagar casi el 23 por 100 de impuestos, frente al 12 por 100 de 1953. El muy regresivo impuesto de la seguridad social se hizo aún más pesado al aumentar la cuota máxima de 144 dólares en 1960 a 825 dólares en 1975, una suma que tenía que pagar igualmente una familia que ganara 14.100 dólares al año y otra que ganara 75.000²¹. Los tra-

²⁰ Paul Abramson, John Aldrich y David Rohde, «Social Forces and the Vote», *Change and Continuity in the 2000 and 2002 Elections*, Washington DC, 2003, p. 112.

²¹ Th. Edsall, *New Politics of Inequality*, cit., pp. 211 ss.; Th. Edsall y M. Edsall, *Chain Reaction*, cit., pp. 105-106.

bajadores incapaces de defender su situación económica debido al debilitamiento y desmoralización del movimiento obrero se sentían más proclives a unirse a la «revuelta fiscal», respondiendo a un llamamiento ideológico que de hecho suponía una alianza interclasista con el empresariado. El éxito de la proposición 13 en California en 1978 constituyó un punto crítico, encontrando un eco significativo en todo el país. Sus promotores apelaban al individualismo antiestatista, sumándole un matiz racista que apuntaba contra el supuesto favoritismo del gobierno de Carter y de los demócratas del Congreso hacia los negros de las ciudades y su «blandura» frente al crimen, el bienestar, los presos, etc. La habilidad de Reagan para consolidar el apoyo a este mensaje en gran parte del electorado obrero blanco fue su principal contribución al desplazamiento hacia la derecha. Su prohibición *de facto* de elevar los impuestos constituyó un paso crucial en la promoción de la agenda empresarial por los republicanos.

El ascenso de la nueva derecha

Pero para esa época el Sur estaba comenzando a proporcionar una pauta y una base electoral para el ascenso de una nueva derecha republicana. El giro del Partido Demócrata durante la década de 1960 hacia la defensa de los derechos civiles, al tiempo que le hacía ganar un apoyo abrumador entre el electorado negro, permitió al Sur conservador blanco, y especialmente a su capa empresarial emergente, forjar una nueva alianza con el ya proempresarial Partido Republicano, proporcionando a este último el potencial para conseguir un incremento histórico de su poder a escala nacional. Esto no significaba que el Sur representara una región atrasada y retrógrada, sino todo lo contrario. El ascenso de la extrema derecha republicana en el Sur estuvo ligado al de un capitalismo industrial muy dinámico en toda la región durante la segunda mitad del siglo XX.

Mientras que el Norte decaía industrialmente, el Sur prosperaba. Entre 1955 y 1975 la proporción de los trece Estados del Sur en el conjunto de la fuerza de trabajo industrial aumentó un 50 por 100, pasando a representar el 30 por 100 de la mano de obra industrial a escala nacional. En la década de 1990 el Sur estaba tan industrializado y urbanizado como el Norte y prácticamente a su altura en todos los índices de avance capitalista, excepto, claro está, en los niveles de salario real, impuestos, gasto social y sindicación. Con otras palabras, proporcionaba la pauta macroeconómica que la derecha republicana deseaba imponer al conjunto de Estados Unidos, así como el primer puerto de embarque para un ilimitado proceso de globalización estadounidense. La derecha pudo así construir su nueva base de poder en un ambiente político ya muy favorable. Los capitalistas reaccionarios del Sur estaban entre las principales fuerzas de la movilización de extrema derecha que en último término acabó manifestándose en la campaña de Goldwater. Sus capas «de clase media», como se denominaban los residentes en barrios relativamente más acomodados, eran ya extremadamente conservadoras y se oponían implaca-

blemente a todos los aspectos del compromiso de la Gran Sociedad, especialmente a las «donaciones» garantizadas por el Estado del bienestar. Los trabajadores del Sur, políticamente atomizados y extremadamente individualistas, estaban por ello desacostumbradamente abiertos –por no decir históricamente predispuestos– a abrazar formas de solidaridad no clasistas: raza, familia patriarcal, nacionalismo militarista y fundamentalismo protestante, ahora vinculado al expansionismo sionista.

El ascenso electoral de la derecha en el Sur –la tercera fase del proceso que en último término haría posible la ofensiva neoconservadora en la política interna y externa del gobierno de Bush a partir de 2001– se fue asentando de forma relativamente lenta, especialmente por debajo del nivel presidencial. Su repulsa hacia el movimiento de derechos civiles durante la campaña de Goldwater permitió a los republicanos establecer una cabeza de puente inicial en los cinco estados del Sur más profundo en 1964, y cuatro años después obtuvieron la presidencia, gracias a que los negros no constituían una mayoría lo bastante grande en ningún estado para impedirlo*. Pero después de que los republicanos ganaran una cantidad significativa de escaños durante la segunda mitad de la década de 1960, la lucha por el control de la representación del Sur en el Congreso se demostró mucho más difícil, en parte porque los negros constituían cuotas muy significativas del electorado a escala de distrito, y en parte porque los demócratas contaban con suficiente margen de maniobra para adaptarse a escala local al conservadurismo racial y político. El avance republicano cesó de hecho después del Watergate, pero obtuvo un importante impulso político e ideológico durante el mandato de Reagan, cuya retórica, aunque quizá no su sustancia intrínseca, era de extrema derecha, y cuya perspectiva de mantener durante largo tiempo el poder a escala nacional dio a los sureños una razón para romper sus prolongados lazos con los demócratas. Fue durante la era de Reagan cuando los nuevos líderes republicanos en el Congreso, procedentes del Sur –desde Newt Gingrich hasta Tom DeLay– obtuvieron por primera vez sus escaños y comenzaron a organizarse.

La nueva derecha republicana tomó como punto de partida un Sur modernizado y dinámico que ya era la región situada más a la derecha de todo el país, con los sindicatos e infraestructuras de bienestar más débiles. A ese baluarte procuró añadir la región de las Montañas Rocosas, igualmente de derechas desde que quedó privada de sus antiguos mineros radicales; barrios residenciales de todo el país que se habían convertido en los nuevos reductos de las familias obreras blancas, que huían de los viejos barrios del centro cada vez más caros e invadidos por negros y latinos. La nueva de-

* En las elecciones presidenciales de 1968 hubo un tercer candidato, George C. Wallace, que abandonó transitoriamente el Partido Demócrata para crear el Partido Independiente Americano y presentarse con una plataforma segregacionista y opuesta a los programas de bienestar. Obtuvo cerca de diez millones de votos populares –el 13,5 por 100–, la mayoría relativa en los cinco Estados del Sur profundo y 46 compromisarios, el mejor resultado hasta hoy de un tercer candidato. [N. del T.]

recha republicana pretendía recurrir especialmente a los obreros blancos varones, que sufrían un largo declive económico al que se añadían nuevas amenazas a la autoridad patriarcal. Con esas fuerzas, combinadas con sus seguidores tradicionales en lo que quedaba de las pequeñas ciudades en Estados Unidos, la derecha republicana parecía disponer del potencial electoral suficiente para salir de la anémica versión estadounidense del Estado del bienestar y lanzarse a un nuevo proyecto imperial. Con otras palabras, esperaba reunir suficiente apoyo de la clase obrera blanca para llevar a la práctica su proyecto proempresarial clásico, y superar así el problema que había afligido a la derecha estadounidense desde Goldwater: ¿cómo obtener apoyo electoral para un programa nacional tan claramente dirigido contra los intereses económicos de la gran masa de la población, y una política exterior que parecía al mismo tiempo temeraria y superflua?

La respuesta, como hemos visto, fue tomar el Sur como modelo y como base electoral, para construir una ideología individualista antiestatista basada en la supremacía blanca, la defensa de la familia patriarcal y el fundamentalismo protestante. El éxito de la derecha republicana en la construcción de esa fórmula ideológica, señalando al Estado liberal como principal amenaza contra el *status quo* racial y los «valores tradicionales de la familia», le proporcionó el sustento necesario para competir por el poder con un programa abiertamente proempresarial. Los objetivos a batir eran los aspectos clave del compromiso *New Deal*-Gran Sociedad que ningún gobierno, demócrata o republicano, se había atrevido a tocar hasta entonces: seguridad social, impuestos progresivos y (buena parte del) régimen de regulación empresarial, incluidas la Agencia de Protección del Medio Ambiente y la Agencia para la Seguridad y la Salud en el Trabajo. La contrarrevolución de Reagan se había visto interrumpida por la profunda recesión de 1981-1982, que permitió a los demócratas recuperar el terreno perdido en la Cámara de Representantes y puso freno al ímpetu republicano. Reagan se vio obligado a abandonar buena parte de su reducción de impuestos a los ricos y a restaurar una parte significativa del gasto social. El proyecto de la derecha republicana consistía en salir de ese punto muerto.

La respuesta demócrata

Del mismo modo que los empresarios y republicanos se habían visto obligados a adaptarse al contexto definido por el liberalismo del proyecto de *New Deal*-Gran Sociedad de los demócratas y al poder residual del movimiento obrero durante la larga expansión de posguerra, desde mediados de la década de 1970, en un período caracterizado por el estancamiento económico y el creciente poder empresarial, los demócratas se iban a acomodar al viraje hacia la derecha impulsado por los republicanos. Su respuesta inicial en el Congreso fue defensiva y conservadora. Por encima de todo, trataron de aprovechar cuanto pudieron su prolongada mayoría en la Cámara de Representantes, bloqueando las iniciativas republicanas mientras convencían a los contribuyentes empresariales de la necesidad de pa-

gar su propia gestión. Si los empresarios estadounidenses siempre habían preferido a los republicanos, durante la expansión de posguerra no tenían otra alternativa que conceder apoyo material a un Partido Demócrata que durante la mayor parte del período mantuvo una abrumadora mayoría en el Congreso (y siempre puso por delante los intereses de las empresas). A finales de la década de 1970, cuando los demócratas ya habían abandonado su proyecto de reforma social, las mayores corporaciones emprendieron un proceso acelerado de organización política, reuniendo fondos, sistematizando sus procedimientos de presión y alimentando nuevos *think tanks* para estructurar una ambiciosa agenda proempresarial. La recientemente creada Business Roundtable [Mesa Redonda Empresarial] y la Cámara de Comercio fueron instrumentos decisivos en esa movilización. En 1974 las organizaciones obreras aportaban todavía mayor financiación a los partidos que los Comités de Acción Política de las asociaciones empresariales, pero en 1984 estos últimos aportaban ya dos veces y media más que las organizaciones obreras; probablemente tres veces más si se tienen en cuenta los Comités de Acción Política de extrema derecha. Durante ese período las contribuciones totales de los CAP aumentaron de 45 millones de dólares a 175 millones.

La estrategia empresarial del palo y la zanahoria estaba desempeñando ya un papel decisivo en la aprobación de leyes favorables a los empresarios durante la presidencia de Carter, especialmente en lo que se refiere a la legislación laboral, los impuestos y la regulación económica que afecta a las empresas. Su influencia alcanzó un primer punto culminante durante los primeros años de presidencia de Reagan, que concedió importantes reducciones tributarias a las empresas, y siguió creciendo continuamente desde entonces. En 1992 los CAP de las asociaciones empresariales aportaron a los partidos 150 millones de dólares, frente a los 44 millones de dólares donados por las organizaciones obreras. Mientras que los CAP empresariales asignaron a los republicanos entre el 60 y el 65 por 100 de su contribución a las campañas para el Senado, los demócratas explotaron con éxito su mayoría en la Cámara de Representantes para asegurarse el 50 por 100 del dinero aportado por las empresas (los republicanos recién llegados recibieron el 10 por 100, frente al 5 por 100 para los demócratas recién llegados). La pauta de las aportaciones de las asociaciones empresariales era aún más favorable para los demócratas²². Por otra parte, los demócratas aprovecharon su control de las asambleas legislativas de los Estados para lanzarse a una redistribución –más propio sería decir manipulación– de los distritos electorales que les aseguraba alrededor de veinticinco escaños más de los que les concedían sus votos.

Finalmente, pocos representantes demócratas vacilaron en adaptarse, como camaleones, al matiz ideológico de sus distritos, ni en demostrar su

²² Gary Jacobson, «Congressional campaigns», en G. Jacobson, *The Politics of Congressional Elections* [1983], Nueva York, 2003, p. 65, figura 4.2.

comprensión hacia la agenda empresarial; su intento de superar en la puja a los republicanos insertando nuevas ventajas para las empresas en la legislación tributaria de Reagan de 1981 constituyó únicamente el ejemplo más sobresaliente. Los demócratas pretendían asegurarse así de que el dinero para campañas que perdieran inclinándose ante la derecha sería más que compensado por las empresas, pero esa táctica tenía algún riesgo. A largo plazo, la preferencia de la comunidad empresarial por los republicanos, combinada con la carencia de los demócratas de una identidad política ostensible y su renuencia a movilizar a su base de votantes obreros y pobres, hacía más vulnerable al Partido Demócrata, especialmente en la medida en que los republicanos encontraran una mejor vía de avance. Pero hasta 1992 el control de la Cámara de Representantes por los demócratas parecía inexpugnable; su mayoría aquel año [259-176] era la misma que en 1962, aunque por debajo de su máximo en 1964 [295-140] y de la conseguida a mediados de la década de 1970.

Evidentemente, la agenda representada por esa ventaja se había desplazado mucho hacia la derecha. Desde 1992 el gobierno de Clinton intentó elaborar un programa sistemático de gobierno para una mayoría demócrata a largo plazo en un entorno de una creciente preponderancia capitalista, lo cual implicó un compromiso de austeridad permanente consagrado en la ostentosa adopción del presupuesto equilibrado y la regla del gasto pagado con recursos corrientes. Lo que estaba en cuestión era un giro decisivo a la apertura neoliberal del mercado, como pieza central de una agenda proempresarial orientada cada vez más hacia la comunidad financiera y firmemente opuesta a cualquier concesión en cuanto a la protección frente al libre comercio o a realizar reforma alguna de la legislación laboral. Se suponía que la base obrera y negra seguiría apoyando a los demócratas, sucediera lo que sucediera.

A partir de 1994

El momento de inflexión al alza para los republicanos llegó en 1994, cuando los aprietos del primer mandato de Clinton les permitieron hacerse con ambas cámaras del Congreso. En un desplazamiento histórico los republicanos obtuvieron 54 nuevos escaños en la Cámara de Representantes (el PD bajó de 258 a 204 y el PR subió de 176 a 230), de los que en 1996 (retuvieron 51; treinta de ellos eran del Sur, lo que suponía una mejora de más del 50 por 100 en la región²³). A diferencia de sus predecesores demócratas de 1974 (y sus sucesores en 2006), los republicanos llegaron con un programa radical de asalto al compromiso del *New Deal*-Gran Sociedad. El «Contrato con América» de Newt Gingrich prometía, además de eliminar la corrupción en el Congreso, reducciones en el gasto social, «responsabilidad presupuestaria», moderación tributaria, reducción de la fiscalidad sobre las ganancias

²³ Entre 1960 y 1996, el número de representantes republicanos del Sur pasó de 10 a 82, esto es, del 6 al 36 por 100 de su grupo en la Cámara.

del capital, revocación de los aumentos de impuestos asociados a las prestaciones de la seguridad social y aumento de los gastos en defensa para «mantener nuestra credibilidad en todo el mundo» («no habrá tropas estadounidenses bajo el mando de la ONU»). El control del Congreso abrió las compuertas para la financiación empresarial a los republicanos. Hasta entonces, como hemos visto, la mayoría demócrata en el Congreso les había permitido competir por las ayudas empresariales en condiciones de igualdad, pero entre 1994 y 2006 los republicanos pasaron de una paridad en la práctica con los demócratas en cuanto a la financiación empresarial a una ventaja abrumadora: de una ratio de 1,14:1 a 1,6:1, o del 54 al 60 por 100²⁴.

El control del Congreso por los republicanos a partir de 1994 desplazó significativamente hacia la derecha la política estadounidense. Permitted a los cuadros militantes del Partido Republicano impulsar una agenda reaccionaria en política interior y una perspectiva hiperimperialista hacia el exterior en un grado hasta entonces inconcebible, intensificando la «triangulación» hacia la derecha de la política de Clinton con la cesión ante los republicanos en 1996 en cuanto a la obligación de seguir cursos de capacitación para quienes recibieran el seguro de desempleo [«workfare»] y en 1997 con la *Taxpayers Relief Act* [Ley de Alivio al Contribuyente]. Se aumentó el gasto en defensa y en 1998 Clinton suscribió el cambio de régimen en Iraq y lanzó la Operación Zorro del Desierto.

En la economía real también estaban teniendo lugar cambios de gran alcance. Siempre había habido una divergencia entre las aspiraciones del capital estadounidense, inclinado hacia la internacionalización mediante la inversión directa y los préstamos en el exterior, y las necesidades de la clase obrera industrial. Ya durante la década de 1950 demócratas y republicanos se habían negado a proteger la industria siderúrgica estadounidense sometida al asalto competitivo de alemanes y japoneses; pero durante la larga expansión, la combinación de la especialización estadounidense con sus niveles salariales permitió a los productores basados en Estados Unidos defender su mercado interno. Todavía en 1973 el porcentaje de la mano de obra industrial en relación con la totalidad del sector privado, medida en horas, era sólo ligeramente inferior al registrado en 1948: el 33,6 por 100 frente al 35,7 por 100.

El exceso de capacidad crónico en la industria mundial perceptible desde finales de la década de 1960, empeorado por la intensificación de la com-

²⁴ Entre 1994 y 2006 la ratio entre las contribuciones empresariales a las campañas de los republicanos y de los demócratas fue aumentando como sigue, sector por sector: agronegocios, de 1,5 : 1 a 2,5 : 1; construcción, de 1,5 : 1 a 2,5 : 1; defensa, de 0,7 : 1 a 1,7 : 1; energía, de 1,3 : 1 a 3,2 : 1; sanidad, de 1 : 1 a 1,8 : 1; transporte, de 1,3 : 1 a 2,6 : 1. El único sector en el que los demócratas superaban a los republicanos era el de las telecomunicaciones, aunque en el de Finanzas, Seguros y Propiedad Inmobiliaria el incremento de los republicanos fue relativamente escaso, pasando sólo de 0,9 : 1 a 1,3 : 1, tras un máximo de 1,5 : 1 en 1996. Véase Center for Responsive Politics, www.opensecrets.org.

petencia internacional, ejercía una presión creciente sobre la mano de obra industrial en Estados Unidos. Pero ni los republicanos ni los demócratas podían contemplar sin inmutarse el colapso del sector industrial; durante las dos décadas siguientes trataron de defenderlo combinando la limitación de las importaciones con un dólar bajo durante la mayor parte del período. Entre 1985 y 1995, gracias a la presión ejercida por los gobiernos de Reagan, Bush I y Clinton en su primer mandato sobre los principales socios y rivales comerciales de Estados Unidos, un dólar superbarato aumentó la competitividad industrial estadounidense y propulsó la tasa de crecimiento de las exportaciones hasta niveles no contemplados desde la década de 1950, ofreciendo a los obreros industriales un breve veranillo de san Miguel durante el cual se contuvo la pérdida de empleo en el sector industrial.

Pero a mediados de la década de 1990 el orden económico de posguerra había generado nuevas oportunidades. Las nuevas tecnologías estaban generando cadenas de producción internacional que podían seleccionar los trabajadores mejor formados y peor pagados para cada eslabón del proceso; China y el Este de Europa se abrían a una inversión extranjera directa muy rentable; los mercados financieros estaban cada vez más desregulados; y el movimiento obrero estadounidense era una fuerza agotada. En estas condiciones, el capital financiero y las corporaciones multinacionales estadounidenses emprendieron una notable aceleración de la producción y las inversiones globalizadas. En un plazo muy breve el gobierno de Clinton aprobó el ALCAN, el Acuerdo Multifibras con China y la OMC, así como la *Telecommunications Act* [Ley de Telecomunicaciones] en beneficio de sus patrocinadores en Hollywood, los medios de comunicación de masas y la alta tecnología.

Sin embargo, para la configuración de la macroeconomía estadounidense fue más decisiva la decisión del secretario del Tesoro Robert Rubin de revaluar el dólar en 1995, rápidamente seguida en la Reserva Federal por el vuelco de Greenspan hacia un keynesianismo sostenido por el incremento de los precios de determinados activos para impulsar la economía, lo que tuvo como complemento la derogación de la Ley Glass-Steagall para permitir a gigantes financieros como Citicorp la combinación de operaciones antes distribuidas entre los bancos de inversión, los bancos comerciales y las compañías de seguros. Estas medidas sirvieron para inflar una burbuja histórica en las cotizaciones bursátiles, rápidamente seguida por una explosión de las finanzas empresariales mediante el endeudamiento y la emisión de acciones. El dinero extranjero se volcaba en activos estadounidenses, pero al mismo tiempo una ola creciente de importaciones, abaratas por el alza del dólar y acrecentadas por la crisis financiera asiática, comenzó a ejercer una presión intolerable sobre la industria estadounidense. Entre 1995 y 2005, bajo la deslumbrante superficie de la «Nueva Economía» y las posteriores distracciones de la «guerra contra el terror», la mano de obra industrial se redujo en una quinta parte, mientras que los

beneficios del sector financiero aumentaban del 25 al 40 por 100 del total del sector privado; a los trabajadores estadounidenses no les quedaba otra alternativa que nadar o hundirse, sin que ningún partido les ofreciera una solución política.

El 11 de Septiembre

Sin embargo, el viraje hacia la derecha en Estados Unidos era todavía restringido en ciertos aspectos fundamentales, como consecuencia del peso electoral de la clase obrera, por desorganizada que estuviera. Aunque las empresas estuvieran arruinando su nivel de vida y sus condiciones de trabajo, la preocupación de todos los presidentes, desde Nixon hasta Clinton, fue cómo atraer los votos de la clase obrera blanca, especialmente los de la capa superior más conservadora, los llamados «demócratas de Reagan». Ambos partidos habían supuesto siempre que la condición necesaria para ganarse a esa capa decisiva era mantener los programas fundamentales del *New Deal*: seguridad social, impuestos progresivos, etc., pero los republicanos pretendían desde hacía mucho tiempo romper ese consenso. La conquista del Congreso en 1994 supuso para ellos un importante avance político, pero aun así, entre 1994 y 2000 no acababan de decidirse a llevar a la práctica sus planes en política nacional o internacional. Merece la pena señalar que en 2000 ni la proporción de gasto social en relación con la renta nacional ni el tipo impositivo efectivo aplicable al 5, el 10, o el 20 por 100 de la población más acomodada se habían reducido, en comparación con 1980²⁵.

En consecuencia, esos años constituyeron un período de creciente frustración para la derecha republicana, a pesar de sus innegables éxitos políticos. No había logrado superar el consenso neoliberal, que por el contrario se había consolidado con Bush I y Clinton. Esto era aún más mortificante a la vista del agravamiento de los problemas de rentabilidad para grandes franjas de la clase capitalista situada fuera del sector financiero, como se manifestó en la alta tasa de quiebras empresariales, casi la máxima desde la Segunda Guerra Mundial, en el profundo declive de la tasa de beneficio de las empresas no financieras a partir de 1997 y en la brusca recesión de 2000-2001. El problema político subyacente era que el electorado seguía dividido casi por la mitad. El voto popular para la Cámara de Representantes se repartió casi por igual en 1996, con un 48,1 por 100 [206 escaños] para los demócratas y un 48,7 por 100 para los republicanos [228 escaños]; en 1998, con un 47,1 por 100 [211 escaños] para los demócratas y un 48,0 por 100 para los republicanos [223 escaños], y en 2000, con un 47,0 por 100 [212 escaños] para los demócratas y un 47,3 por 100 para los republicanos [221 escaños]. Aquel mismo año Bush II

²⁵ Fuente: Oficina Presupuestaria del Congreso.

sólo pudo ganar las elecciones con la ayuda del Tribunal Supremo y ocultando su agenda bajo la bandera del «conservadurismo compasivo». Con la defección del senador Jeffords en 2001 los republicanos perdieron el control del Senado. A finales del verano de 2001 Bush II parecía un presidente de un solo mandato.

Pero el 11 de septiembre de 2001 pareció resolver los problemas de política nacional e internacional de la derecha republicana de un solo golpe. Durante cinco años la «guerra contra el terror» ha unido a los estadounidenses tras un intervencionismo militarista agresivo en Oriente Próximo y los ha distraído de la creciente inestabilidad económica y de las desigualdades en su propio país. En 2002, centrando totalmente su campaña para el Congreso en el «terror», los republicanos aumentaron su mayoría en el voto popular para la Cámara de Representantes hasta el 49,6 por 100 [229 escaños] frente al 45,0 por 100 obtenido por los demócratas [204 escaños], y en 2004 mantenían esas proporciones, con un 49,2 por 100 del voto popular [232 escaños] frente a un 46,6 por 100 [202 escaños] para los demócratas. Una vez más el voto (blanco) del Sur fue crucial a este respecto²⁶. Con un firme control sobre la presidencia y ambas cámaras del Congreso por primera vez desde los días de Eisenhower, los republicanos podían poner en marcha la agenda empresarial expuesta más atrás, algo que pocos años antes parecía políticamente imposible. Por el momento, al menos, el gobierno de Bush parecía dispuesto a ir más allá del consenso de la elite que había propiciado el mantenimiento *de facto* del núcleo del Estado del bienestar, los impuestos progresivos y la regulación empresarial tras el colapso del liberalismo a finales de la década de 1970.

En este sentido, la derecha republicana actual representa también un paso más allá del republicanismo de posguerra, incluyendo a Reagan, en un doble sentido: su insistencia en atacar directamente el compromiso del *New Deal*-Gran Sociedad, y su insistencia en la agresión militar, en un momento en que la hegemonía geopolítica estadounidense estaba en un máximo histórico y los beneficios del intervencionismo militar a gran escala parecían como mucho marginales. En términos de programa y de base social la derecha republicana ha convertido la agenda de Barry Goldwater, considerada extremista en su momento, en el pensamiento predominante en Estados Unidos.

²⁶ De los once escaños ganados por los republicanos en la Cámara de Representantes entre 2000 y 2004, diez provenían del Sur. En 1996, cuando Clinton derrotó a Dole, el voto blanco en el Sur para éste último superaba al del Norte en un 7,5 por 100, un 14,7 por 100 y un 17,2 por 100 entre los votantes blancos que ganaban menos de 30.000 dólares al año, entre 30.000 y 70.000 dólares al año y más de 70.000 al año, respectivamente, pero en 2004, cuando Bush derrotó a Kerry, el voto blanco en el Sur se había desplazado mucho hacia los republicanos, superando al del Norte en un 13, un 17,5 y un 19,7 por 100, respectivamente, para esas tres categorías de ingresos. Agradezco a Rachel Cohen la obtención de estos datos a partir de los resultados de las elecciones y su ayuda para interpretarlos.

Hacia 2008

¿Cuáles son las perspectivas con que cuenta ese programa a la luz de la reconquista del Congreso por los demócratas en 2006 y de la mejora de sus expectativas para la presidencia en 2008? Como hemos visto, los republicanos mantienen una gran base electoral –aunque no absolutamente mayoritaria– notablemente estable; una ventaja sustancial en cuanto a financiación por las empresas; y cualesquiera que sean las diferencias tácticas sobre las medidas inmediatas en Iraq, cierta unidad en torno a una agenda proempresarial claramente definida. El giro hacia los demócratas ha consistido en gran medida en un voto de protesta, y quizá la abstención de leales republicanos incapaces de aceptar los escándalos de sexo y corrupción de 2006. En la carrera hacia las elecciones presidenciales de 2008 a los republicanos, a diferencia de los demócratas, les puede resultar relativamente difícil modificar su programa en busca de votos, especialmente a la vista de la intransigencia de Bush acerca de Iraq, una inflexibilidad que los puede hacer particularmente vulnerables; pero aun así no se puede negar que en 2006 los republicanos sobrevivieron a lo que un encuestador republicano llamaba «el peor ambiente político para los candidatos republicanos desde Watergate», y que tienen ciertas razones para esperar un repunte significativo²⁷.

Con el trasfondo del ascenso de la derecha republicana –y a la vista del aumento de influencia del DLC y del Blue Dog en su nueva mayoría en el Congreso–, parece probable que los demócratas aceleren su derechización electoral para asegurarse los votos titubeantes y mayor financiación empresarial, contando con que su base negra, obrera y pacifista contra la guerra los apoyará en cualquier caso contra los republicanos. Esto significará mayor triangulación en la política nacional e internacional, pero en un contexto significativamente escorado hacia la derecha desde la década de 1990.

En cuanto a Iraq, veintinueve de los candidatos demócratas en los distritos más ferozmente disputados *se oponían* a fijar una fecha para la retirada de las tropas estadounidenses²⁸. Esto concordaba, evidentemente, con la estrategia general del comité del partido para la campaña al Congreso, y con la postura de Rahm Emanuel en particular²⁹. Su objetivo es intentar capitalizar el sentimiento contra la guerra haciendo lo mínimo necesario para diferenciarse de los republicanos, sin dejar de mostrar una línea dura en cuestiones de «seguridad nacional». Obedeciendo a ese oportunismo científico, Carl Levin, nuevo presidente demócrata del Comité de Servicios Armados del Senado, presentó una moción inmediatamente después de las elecciones pidiendo que Bush *comience* a retirar las tropas en una fe-

²⁷ «GOP Glum as it Struggles to Hold Congress», *The New York Times*, 5 de noviembre de 2006.

²⁸ Jim VandeHei y Zachary Goldfarb, «Democrats Split Over Timetable for Troops», *The Washington Post*, 27 de agosto de 2006.

²⁹ Véase John Walsh, «Election 2006: How Rahm Emanuel Has Rigged a ProWar Congress», *Counter Punch*, 14-15 de octubre de 2006.

cha no especificada de un futuro no demasiado distante, pero negándose a especificar cuándo, si es que en algún momento, debe completarse la retirada. Sin dejar ninguna duda sobre su decisión de mantener la ambigüedad, los demócratas de la Cámara rechazaron al candidato de la portavoz Nancy Pelosi para el liderazgo de la mayoría, John Murtha, partidario de la retirada, y eligieron en su lugar a Steny Hoyer, enérgicamente opuesto a ella³⁰. El desaire a Murtha-Pelosi marcará el tono de la actitud del Partido Demócrata con respecto a Iraq, como quedó subrayado cuando Sylvestre Reyes, presidente del Comité de Inteligencia de la Cámara, a quien Pelosi suponía opuesto a la guerra, manifestó al día siguiente de su nombramiento que podría convenir un «aumento» de las tropas en Iraq. Además, si las fuerzas de Cheney, y probablemente Israel, presionaran para un ataque contra Irán antes de que termine el segundo mandato de Bush, los demócratas –no sólo la «pacifista» Pelosi, sino también la proto-candidata Hillary Clinton– podrían hallarse a la derecha de los republicanos más prudentes.

Con su sustancial mayoría en la Cámara de Representantes, los demócratas cuentan con potencial suficiente para dar lugar a una importante mejora de la política nacional, simplemente diferenciándose de los republicanos; ¿pero cuál es la probabilidad real de que esto suceda? Muchos demócratas del Congreso están ya familiarizados con la recompensa que les puede llegar de las corporaciones si respaldan a Bush. Desde 2004 los representantes demócratas han concedido 34 votos a la Ley de Política Energética de los republicanos; 41 a su Ley de Alivio de los Impuestos Inmobiliarios; 50 a su Ley de Equidad de la Acción Popular; y 73 a su Ley de Protección del Consumidor y de Prevención del Abuso de la Quiebra. Ya antes de las elecciones de 2004 los demócratas habían votado a favor de la concesión de cierto número de beneficios fiscales a las grandes empresas propuesta por Bush, supuestamente a cambio de la extensión de un paquete equivalente a la «clase media»³¹. Así pues, nadie puede decir qué sucederá cuando Bush insista en su plan de consolidar perdurablemente la reducción de la presión fiscal. Aunque a raíz de la victoria demócrata se ha hablado mucho de un nuevo populismo –con cierta razón, ya que el 53 por 100 del electorado se mostraba insatisfecho con el *status quo* socioeconómico– la posibilidad de nuevos programas importantes de atención sanitaria, educación, infraestructuras públicas o mejora de las ciudades empobrecidas ha quedado ya descartada por el compromiso de los demócratas con la regla de atender el gasto público con recursos corrientes.

³⁰ *The Washington Post* describe a Hoyer como «proclive a los empresarios [...] partidario del libre comercio y del presupuesto equilibrado, con fuertes lazos con grupos de presión». Shailagh Murray, «Political Pragmatism Carried Hoyer to the Top», *The Washington Post*, 17 de noviembre de 2006. [<http://www.washingtonpost.com/wpdyn/content/article/2006/11/16/AR2006111600514.html>]

³¹ Jonathan Weisman, «Congress Votes to Extend Tax Cuts», *The Washington Post*, 24 de septiembre de 2004.

Por otra parte, los demócratas han venido intensificando su competencia con los republicanos por la financiación empresarial. Tanto en 2004 como en 2006 el dinero procedente de las empresas constituía más de la mitad del recolectado por el Partido Demócrata, superando a cualquier otra fuente, y más del quíntuplo de la contribución de las organizaciones sindicales. Aunque quedan por detrás en muchos otros sectores, los demócratas superan a los republicanos en las empresas de telecomunicaciones, y mucho más en la industria del entretenimiento y en la alta tecnología. Quizás sea más impresionante aún que estén a la altura de los republicanos en la obtención de dinero del sector de finanzas, seguros y propiedad inmobiliaria, la mayor fuente empresarial de financiación de las campañas electorales, recibiendo de ella sólo un 20-25 por 100 menos que los republicanos en 2006. El nuevo líder de la mayoría en la Cámara de Representantes Steny Hoyer ha iniciado su propio «K Street Project»^{*}, cuyo portavoz declaraba: «No cederemos terreno a los republicanos en la comunidad empresarial». El nuevo líder de la mayoría en el Senado, Harry Reid, se reúne cada dos semanas con cabilderos empresariales «de tendencia demócrata». El resultado inevitable será una mayor presión sobre el partido para que se identifique con las empresas y la derecha.

Es probable que la nueva mayoría en el Congreso repudie, al menos en parte, la agenda del libre mercado, pero ya es demasiado tarde, gracias principalmente a los esfuerzos del gobierno de Clinton desde el ALCAN en adelante. En julio de 2005 Bush consiguió que se firmara el Tratado de Libre Comercio con América Central gracias a la indispensable ayuda de quince representantes demócratas que le permitió neutralizar veintisiete abstenciones republicanas en la Cámara de Representantes y obtener una ajustada victoria de 217-215. Por otra parte, la ronda de Doha, la principal iniciativa neoliberal que queda en pie, agoniza sin remisión. Aparte de eso, cabe esperar que los demócratas se quejen amargamente por el tipo de cambio infravalorado del yuan y su disparado superávit comercial con Estados Unidos, pero una vez que el Congreso reflexione sobre las consecuencias inevitables de la revaluación del yuan que piden –en concreto, la reducción de compras chinas de bonos del Tesoro y el consiguiente incremento de los tipos de interés estadounidenses– puede que moderen sus demandas. Los demócratas harán sin duda un poco más de ruido, aunque no manifiesten mucha furia, en la carrera hasta las próximas elecciones; pero incluso si llegan a ganar en 2008, lo que es bastante probable, en ausencia de una importante revitalización de los movimientos de masas tendremos una reedición de Clinton, con la señora Clinton; en otras palabras, una prolongación del deslizamiento hacia la derecha, aunque quizá más lentamente que con los republicanos.

* El K Street Project es una iniciativa lanzada en 1995 por el estratega del Partido Republicano Grover Norquist y por el entonces influyente congresista Tom DeLay para presionar a las empresas que cabildan con los políticos y funcionarios de Washington para que contraten militantes del partido para ocupar los altos cargos de las mismas así como para recompensar a los cabilderos del Partido Republicano que logran acceder a funcionarios de alto rango y gran influencia. [N. del T.]

¿Una apertura política?

El hecho de que los demócratas sigan en liza jugando esencialmente el mismo juego que los republicanos plantea el último enigma político. Entre 2001 y 2006 los salarios reales no han crecido en absoluto. Entre 2000 y 2004 –último dato disponible– los ingresos de una familia media cayeron de hecho entre el 2 y el 3 por 100. El aumento del empleo ha sido el más lento desde la Segunda Guerra Mundial. Se ha producido una gran merma en la disposición de los patronos a seguir pagando el seguro de enfermedad o las pensiones, mientras se exacerban las desigualdades en la distribución de la riqueza. Con otras palabras, la brecha entre las aspiraciones materiales de la población y lo que el balance entre los dos partidos está dispuesto a conceder ha alcanzado proporciones históricas desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué no se ha hecho notar más ese nuevo populismo del que tanto se ha hablado?

Parte de la respuesta se halla quizá en el extraño funcionamiento de la economía que ha surgido con Clinton y Bush y en el efecto colchón que ha supuesto, aunque sea coyuntural. Durante un largo periodo, la participación cada vez mayor de las mujeres en la fuerza de trabajo contrarrestó el declive del salario real medio de los varones. A partir de 1995 el alza de las cotizaciones en bolsa permitió a las empresas endeudarse con una facilidad sin precedentes y emitir acciones a precios muy inflados, posibilitando una aceleración de la inversión y la creación de empleo. Esto creó una enorme expansión que por temporal y condenada a desinflarse que fuera, elevó espectacularmente los salarios reales durante el cuatrienio 1997-2001. Aquella expansión se demostró ilusoria, desembocando en una brusca pero breve recesión y una severa caída de la demanda. La siguiente ronda de estímulos, proporcionados por una subida espectacular del precio de la vivienda, posibilitó la mayor orgía de creación de deuda familiar de la historia de Estados Unidos, y sobre esa base una notable expansión del gasto a gran escala de amplias franjas de los consumidores estadounidenses.

La deflación de la burbuja de la vivienda que se está produciendo ahora, ¿tendrá un resultado diferente? Todavía no hay muchas indicaciones en el horizonte sobre el tipo de movilización popular que es, como siempre, la condición necesaria para cualquier avance progresista en la política estadounidense. Pero si la recesión ampliamente esperada llega a materializarse, las cosas podrían ponerse más interesantes. La combinación del creciente disgusto frente a la guerra en Iraq con el serio empeoramiento de las condiciones de vida podría dar lugar a una mezcla explosiva, y podría ser mucho más difícil de mantener la política llevada a cabo sin ningún respeto hacia la población.